

deyecciones de los coléricos exista el germen, y por esto esplica lo poco peligroso que es el contacto con los infectados. Estas ideas no están plenamente demostradas y nos inclinamos á creer con los autores, que es prematuro admitir, que el germen colérico no existe en las materias fecales de los atacados. Está hoy día perfectamente probado, que las aguas potables que contienen deyecciones coléricas, son el mejor medio para la trasmisión de la enfermedad; como la prueba entre otros hechos la espantosa epidemia que desoló el distrito de Golden Square en Londres; de la que fué origen el agua de una fuente pública, que contenía materias fecales de enfermos coléricos.

El principal medio de trasmisión de la enfermedad, lo constituye el hombre enfermo: el aire no representa más que un elemento secundario en la historia del contagio del cólera y por eso para nosotros no debe ser motivo de alarma la presencia del cólera en Egipto, ya que el establecimiento de las cuarentenas para los buques procedentes de los puertos donde reina la epidemia, aleja la causa principal de trasmisión de la enfermedad.

Bueno es no obstante no vivir confiados. No se olviden ni un momento los medios profilácticos para esta plaga, que no son otros que los comunes á toda epidemia: evítense sobre todo las putrefacciones de la materia orgánica, y como no dudamos que la comisión de Beneficencia de nuestro municipio la constituyen personas idóneas, podemos darnos por satisfechos, si se inspiran en el conocido y célebre aforismo romano: *salus populi, suprema lex est.*

A. CONSTANTÍ.

DECEPCIÓN

Y pensar que este espacio esplendoroso,
haces de rayos en su azul encierra!
¡Y pensar que este mundo tan hermoso
es un conjunto de dolor que aterra!

¡Y pensar que ese sér tan poderoso,
que llaman hombre, siempre vive en guerra,
y que no encuentra un sitio de reposo
en toda la llanura de la tierra!

¡Y pensar que engañados existimos,
y que es bastante un mísero segundo
para cortar del génio el alto vuelo!

¡Y pensar que olvidamos y morimos!
¡Y pensar que pasamos por el mundo
como pasan las nubes por el cielo!

J. M. F.

MI ELLA

A Tí, hermosura de las hermosuras, perfección
soñada, eterno raudal de poesía, inmensidad
viviente! A Tí, criatura inencontrable, á quien
he visto solo en mi fantasía, en mi deseo, y algu-
nas veces hasta en mi esperanza!

Una eternidad nos separa, pero apesar de todo,
te hablo, te conozco desde lejos y me embebezzo
mandándote estas palabras tristes que nacen de
la más profunda de las tristezas.

¿Quién eres? eres la sombra vaga que me
acompaña de continuo, la imágen que veo en el
mar, en el aire, en el sol, en las estrellas, en el
rio, en la laguna, ¡en todo! Oigo tu voz misteriosa
ya entre el bullicio de las grandes ciudades,
ya en la soledad del campo, ya entre los rugidos
del huracán ó entre el choque de las aguas del
torrente, ya en el aura y en el rumor de esos
pequeños arroyos olvidados que cruzan calles de
yerba y veredas de flores. Eres el perfume que
da perfume á la primavera, la luz que da luz al
día. Las primeras violetas, las primeras hojitas
de rosa encierran átomos de tu frescura; los pája-
ros que vuelven del África cantan las lejanas
modulaciones de tu acento. Eres la unión de la
pureza y de la noble energía, la ternura y el
entusiasmo, la virtud y el genio. Tu alma flota
en la atmósfera de lo bello, tus pensamientos to-
man cuerpo y se convierten en blancas palomas,
tus miradas son bonancibles y magestuosos rayos
que evaporan el hielo y fertilizan los arenales.
Eres la mujer amable y resplandeciente que mora
en aquella casa blanca situada allá en un reco-
do del monte, entre follaje y flores; eres la imposi-
bilidad del mal, la constancia, la sensitiva, la
armonía, la redención, la vida!

Oh! ¡cuántas veces he formado en mi imagina-
ción cuadros de felicidad inexplicable! Te he vis-
to conmigo, sola, trascurriendo por las orillas del
Océano ó habitando en una pequeña morada á
la cual nadie pudiese llegar. Te he visto entre
mis brazos, aspirando mi aliento, siendo feliz; yo
te contaba todas las penas que he sufrido en el
mundo durante tu ausencia, y tú con una sola
palabra salida de tu corazón inutilizabas mis des-
dichas y me llenabas de venturas. Tus ojos tenían
un brillo que no he visto en parte alguna; tu
acento me filtraba el alma; tus palabras no eran
falsas; tu corazón se asomaba á tus labios para
hablarme y á tus ojos para mirarme. Allí nadie
turbaba nuestra felicidad; la naturaleza la en-
grandecía. Yo algunas veces te hablaba del mun-
do y tú te asombrabas; no conocías ni por reflejo
la calumnia, la murmuración, la mentira, el
odio, la envidia, todos los males que vagan des-
bordados y en horroroso torbellino. Eras virgen